

El cuarto en semi penumbra hacía parecer todo en como una pintura surrealista, la sombra alargada de las lámparas las hacía parecer fantasmas de sábanas que reflejados en los grandes espejos se movían junto al humo del cigarro en una especie de danza acompañada de una música lejana que sonaba en cualquier parte.

El hombre y al mujer sobre la cama desnudos libres de toda vanidad, las cicatrices a la vista y un sinfín de pequeños detalles delatores de la vida que parece avanzar pero en realidad se va quedando pegada en la piel, en el cabello en la forma de andar y en el peso de los sentimientos que desgastan el alma.

Compartían un cigarrillo cada uno en su propio silencio pasándolo de un lado a otro en un movimiento impensado ambos con la mirada en el techo sin pronunciar palabra tampoco parecían escuchar la música, ni reparaban en los fantasmas que habían comenzado a bailar sobre ellos vistiéndose con su pasión, su deseo, sus risas sus llantos y sus noches de infinitas conversaciones ya olvidadas en algún espacio o en cualquier parte.

Cómo conversar de aquello? Cómo recordar? Esas eran las preguntas que les daban vueltas en la mente, muchas palabras podrían usarse para hablar de lo que les estaba pasando pero no lograban dar con ellas y permanecían ahí tan desnudos del cuerpo y del alma mientras la noche avanzaba.

Esa tarde la casualidad los juntó en la esquina tan conocida, habían dejado de contar el tiempo desde la última vez que se vieron y en un chispazo de la mente a veces engañosa, decidieron pasar juntos la noche, comenzaron a andar sin hablar conocían el camino de sobra más no repararon que sin ser invitado el silencio los seguía.

El primer beso cargado de pasión y ternura no entró a la habitación tampoco el abrazo ni las conversaciones tan solo llegaron unas miradas diferentes que parecían preguntarse qué hacían ahí como un par de extraños.

Él tomó la mano de ella entrelazaron sus dedos cerraron los ojos buscando la emoción pero desilusionados entendieron que no quedaba más nada, las lágrimas comenzaron a rodar lentamente por la cara de ella mientras él se volvía de espalda porque si algo había aprendido en la vida era que los hombres no lloran aunque tengan ganas de hacerlo.

Las palabras escaparon de sus mentes y comenzaron a invadir cada espacio del cuarto cargadas de recuerdos que lo llenaron todo y luego salieron por la ventana, recorrieron las avenidas vacías doblaron por una esquina y se subieron a un bus que pasaba por ahí y se fueron viajando tan lejos que ni el hombre ni la mujer alcanzaron a detenerlas porque tampoco lo intentaron tan solo siguieron en la cama uno junto al otro, ella con el rostro bañado en lágrimas, él de espaldas defendiendo su hombría, buscaban en cada rincón de su mente algo que decir pero las palabras ya no estaba entre ambos, estaban conscientes de eso y no podían romper el silencio que se había instalado entre los dos como un mar frío y oscuro que los arrastraba por diferentes lados.

La madrugada los sorprendió dormidos aun desnudos con los cuerpos fríos y la mente en blanco el sol levemente tibio se coló de lleno en la habitación y los volvió de nuevo a su realidad, todo se veía diferente ahora, los fantasmas se habían ido, las lámparas ahora quietas y apagadas junto a un cenicero atiborrado de colillas formaba a la par con ellos un cuadro que hablaba solo de soledad, la ventana entre abierta dejando pasar el aire helado de la mañana lo completaba.

Abrieron los ojos mirando nada ninguno de los dos se atrevió a voltear, no se encontraron no hablaron porque aun con la ventana abierta las palabras no volvieron, el hombre comenzó a vestirse con movimientos lentos y derrotados, ella no quiso ver.

La puerta de la habitación se abrió salieron, la brisa helada los recibió como un golpe en la cara, la mujer se subió el cuello del sweater él la miró, pálida ella le devolvió la mirada, un repentino deseo de abrazarse se les cruzó brevemente, intentaron decir algo pero definitivamente las palabras se habían marchado.